

Ella

Por CARMEN VAZQUEZ VIGO

RECIENTEMENTE, y en estas mismas páginas de TRIUNFO, la periodista americana Betty Friedan exponía la forma en que la mujer de su país se ha procurado la salida hacia una «cuarta dimensión»: la que supone participar en la actividad común, poniendo en juego su inteligencia y su preparación.

A las tres «dimensiones» tradicionales —esposa, madre, ama de casa— se agrega ahora esta otra que le permite sentirse verdaderamente incorporada a la sociedad en que vive y colaborar de una forma positiva en su evolución.

Siempre han existido mujeres que, por vocación o necesidad, han trabajado; pero su restringido número no autorizaba a considerar el fenómeno más que como una manifestación esporádica, aislada, que no llegaba a servir para demostrar un hecho tangible. Hoy sí lo es y de sus



LA DIFÍCIL DIMENSION

ventajas en el terreno social, espiritual y material, da buena prueba el trabajo de Betty Friedan.

Pero cabe preguntarse: este movimiento que toma caracteres internacionales, ¿encuentra en España un clima propicio para desarrollarse?

"la pata quebrada y en casa"

Según las estadísticas, en 1950 existía en nuestro país una población femenina económicamente activa que alcanzaba la cifra de 1.708.830 mujeres. Diez años más tarde eran 2.119.934 mujeres las que trabajaban.

Es evidente, pues, que la mujer española no ha permanecido insensible a la tendencia general y que desea representar un papel más activo en nuestra sociedad del que tradicionalmente venía desempeñando. Pero está claro también que, en comparación con otros países, es escaso el número de mujeres que trabajan.

Entre las razones que determinan este hecho deben destacarse:

1. La escasez de antecedentes.
2. La entrega absoluta de la mujer española a sus deberes de esposa y madre.
3. La actitud del hombre, general-

mente opuesta al trabajo de la mujer.
4. Su falta de preparación.

En España, como en la mayoría de los países latinos, la completa dedicación de la mujer a las tareas del hogar se ha considerado siempre axiomática. Incluso el refranero popular ha registrado esta realidad en numerosas afirmaciones, entre las que no es poco expresiva aquella de «la mujer, la pata quebrada y en casa». El hogar debía ser su única, su total vocación. Las pocas excepciones que escaparon a esta regla no han sido nunca suficientes para que la mujer pensara en dar a su vida otras vías de realización distintas a las del matrimonio y la maternidad. Por eso, las que no llegaban a casarse llevaban siempre a cuestas el fardo de su frustración moral y material y no encontraban la manera —faltas de preparación, de ambiente propicio— de escapar a esa especie de estigma tan penoso para ella como para quienes la rodeaban.

De esa triste cantera de tías solteras —por fortuna, hasta esta misma palabra va perdiendo vigencia— se ha nutrido buena parte de nuestra literatura, presentando tipos agriados y comidos, cuando no francamente detestables.

Realidad auténtica, insoluble, cuando

se ofrece a la mujer un único destino —el matrimonio— que ni siquiera está en su mano procurarse. Si ese destino no llega, ¿qué otro tiene a su alcance? El de la devoción hacia los demás. Cuidar del hermano soltero, mirar a los sobrinos, ayudar a la cuñada que ha de criar muchos hijos. Una hermosa dedicación, desde luego; pero que resulta cruel imponer a falta de otras más justas y naturales.

Toda mujer no es en esencia, y por fuerza, una mujer casada. Y es pensando en esto que debe prepararse la posibilidad de tener una vida propia, feliz y plena, por el camino de una capacitación adecuada.

cuando la mujer es cabeza de familia

También las casadas pueden sufrir las dolorosas consecuencias de su incapacidad para llevar a cabo una tarea remuneradora. A menudo el sueldo del marido es insuficiente y sería necesaria su ayuda para «redondear» el presupuesto familiar. A menudo también llega la viudedad cuando aún los hijos son pequeños y no se tiene de qué vivir. Y no

se puede ignorar el gran número de mujeres casadas y madres que un día se encuentran convertidas en cabeza de familia porque el marido ha desertado del hogar. ¿Y qué pueden hacer para ganarse el sustento si no se les ha enseñado más que la forma de ser una excelente ama de casa?

Es corriente que los padres, aun los que están en condiciones de proporcionar una buena educación a sus hijos, digan, refiriéndose a sus hijas: «No, ellas no estudian... Como se van a casar...».

Los oficios, las profesiones, la especialización, para los varones. Para ellas, cuando mucho, un poco de cultura general. Algo que se busca más como «adorno» que como posibilidad de convertirse algún día en medio de vida.

A este respecto también es significativa otra cifra. Junto a un 6,70 por ciento que arroja el coeficiente nacional de analfabetismo con respecto a los varones —año 1960—, el referente a las mujeres es de 13,78.

Parece baldío enzarzarse en las viejas discusiones acerca de si la mujer puede equipararse intelectualmente al hombre o no, cuando se parte de la base de proporcionar a unos la instrucción que no se da a otros. Como justificación de esta

ilógica actitud se suele decir que el hombre, por su condición de responsable de la familia, está más necesitado de capacitación adecuada que la mujer; pero ya hemos visto cómo también ella, porque permanece soltera, porque se quede viuda o sea abandonada, se ve muchísimas veces ante la urgente obligación de ganarse la vida y la de los suyos.

el punto de vista masculino

Si ésta suele ser la actitud de los padres, no es más constructiva la de los maridos. Recordamos ahora una encuesta publicada no hace mucho en un periódico nacional. Se preguntaba a varios hombres famosos cómo era su «mujer ideal». La respuesta, con diferencias «leves», se repetía: «Muy femenina —en esta idea se resume el cliché clásico: sumisión, abnegación, etc.—, bonita e inteligente, pero no demasiado».

No puede dejar de llamar la atención este temor al «exceso» en lo que se refiere al aspecto físico y al intelecto. La deducción inmediata de ese temor es que no quiere rivalidades: ni con respecto a los hombres que pueden sentirse atraídos por la hermosura de su mujer, ni con respecto a ella misma, en caso de que su inteligencia se manifestara superior a la del marido.

Para el hombre latino, que acepta de buen grado la competencia con los demás hombres, en el terreno profesional, no es agradable, ni casi admisible, la competencia con la mujer. Y si se trata de «su» mujer, aún menos. Tal vez él mismo no lo reconozca así; pero esta explicación es una de las pocas que justifican su aversión hacia la posibilidad de que su mujer trabaje.

Paradójicamente, suelen ser estos hombres los que más tarde se quejan de que sus esposas sólo piensan en «trapos» y que no se preocupan de sus problemas profesionales. Pero no se cuidan de ayudarles a salir del mundo estrecho a que las han destinado. Los que lo hacen obtienen su recompensa. En una serie de entrevistas a mujeres que destacan en sus respectivas profesiones, publicadas en un semanario femenino francés, era interesante observar cómo todas ellas, al hablar de sus maridos, destacaban su capacidad de comprensión, su generosidad, su espíritu elevado. «Es un hombre maravilloso y nuestra vida es feliz» era el resumen de sus declaraciones. El concepto de rivalidad no existe en estas parejas. Y la admiración mutua, resultante de una igualdad en el respeto y el derecho, es la mejor garantía de felicidad conyugal.

los hijos

Es corriente oír el argumento de que la mujer dedicada a otras actividades descuida sus deberes fundamentales en el hogar; pero si se exceptúa la época en que los hijos son pequeños, no se demuestra imprescindible la presencia constante de la madre. A partir de la edad escolar, y acentuándose más cada año, es palpable el hecho de que los hijos no necesitan cuidados a cada minuto del día.

Las madres que no lo entienden así, que se empeñan en ser imprescindibles hasta en las cosas más nimias, suelen ser las causantes de psicologías enfermizas, las constructoras de caracteres tímidos, irresolutos, débiles. Esos hombres incapaces de optar en ninguno de los aspectos de la vida, que dudan lo mismo ante la

elección de una carrera que de una esposa; esos eternos «niños de mamá» que aun si llegan a casarse y a tener hijos no saben dar un paso sin el consejo maternal, son aquellos a quienes se ahorraron toda clase de esfuerzos y dificultades. Aquellos que tuvieron siempre a su lado una madre absolutamente entregada a su cuidado.

Pero también es comprometido enjuiciar la errónea actitud de estas mujeres, si se tiene en cuenta que toda su vida se ha centrado en ese único objeto. Por el contrario, una mujer que reparte sensatamente su tiempo entre sus deberes de esposa y madre con otra actividad que la satisfaga, no solamente se sentirá más alegre y equilibrada, sino que educará a sus hijos sin hacerles objeto de la tiranía apasionada y absorbente de aquellas que tienen su mirada puesta sólo y siempre en ellos.

conceptos arcaicos

Las mujeres de la clase media y acomodadas no tienen siquiera la justificación de las obligaciones hogareñas. Todavía es fácil en España, para ellas, encontrar una ayuda doméstica que las libere del cuidado del fogón y del niño. Y aun cuando se ocupe, en líneas generales de organizar la marcha de la casa, son muchas las horas de ocio que le quedan disponibles. Son las que dedican a charlar con las amigas, a pasar cien veces ante los escaparates de las mismas tiendas, para estar segura de no equivocarse cuando llegue el «importante» momento de decidirse por este vestido o aquellos zapatos. O, en peor caso, son las horas en que se deja vagar la imaginación y los nervios. «¡Cuántas dolencias femeninas no existirían si las mujeres tuvieran siempre algo que hacer!», decía un médico, refiriéndose a esos males que sólo incuban en mentes desocupadas.

Y tampoco existirían las esposas plañideras, las que se quejan de que su marido las descuida, las celosas de su trabajo, de sus compañeros, del mundo que los rodea. Incapaces de comprender que ganar dinero supone una suma considerable de esfuerzo y de tiempo, creen que el marido está fuera de casa por quién sabe qué sospechosas razones. Así se desencadenan disputas que acaban con la tranquilidad del hogar e incluso con el hogar mismo.

Por fortuna, la mujer va despertando del letargo en que la mantenían conceptos arcaicos. Su frecuente insatisfacción, su deseo de «hacer algo», el disgusto que a menudo experimenta ante el vacío de su vida, son otras tantas pruebas de que percibe una nueva luz acerca de cuál puede y debe ser su función en la sociedad.

La «cuarta dimensión» a que la mujer accede desarrollando una actividad de acuerdo con sus aptitudes y su preparación, va a rescatarla, sobre todo, de la condición de «objeto» a que por largo tiempo ha estado destinada. Su sexo debe, inevitable y gozosamente, condicionar gran parte de su existencia; pero no aislarla ni impedirle incorporarse, en tanto que ser humano, a la labor que a toda la humanidad, y no sólo al hombre, está encomendada.

Es una difícil dimensión que se adquiere aceptando, al mismo tiempo que derechos, responsabilidades. Pero vale la pena, porque en eso, en ser responsable, radica la dignidad.

C. V.-V.

Maquille su cabello dándole un nuevo atractivo de juventud y elegancia



La moda del make-up (maquillaje) capilar con un procedimiento tan sencillo como es el

Champunet Color



Hará que ninguna mujer se resista a rejuvenecer o embellecer el color de sus cabellos

Champunet color
lava el cabello y le da color, al mismo tiempo

- 1.º Para disimular las canas.
- 2.º Para reforzar y embellecer el color natural.
- 3.º Para darle una nueva tonalidad.
- 4.º Para dar un atractivo reflejo.

Champunet color es vida, esplendor y juventud para el cabello, con una gama de 13 modernos y atractivos tonos

